

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	9
LA PELOTA VASCA.....	13
LA RECUPERACIÓN DEL JUEGO DE PELOTA .....	19
PRIMEROS FRONTONES MADRILEÑOS .....	27
EL FRONTÓN JAI ALAI.....	37
EL FRONTÓN FIESTA ALEGRE.....	45
EL APOGEO DE LA PELOTA VASCA .....	53
EL FRONTÓN EUSKAL JAI.....	61
NUEVAS PUBLICACIONES SOBRE PELOTA VASCA .....	69
EL FRONTÓN BETI JAI .....	77
EL REGLAMENTO PARA LOS FRONTONES.....	87
LAS FIESTAS DE BETI JAI .....	93
LA DECADENCIA DE LA PELOTA VASCA .....	97
EL FRONTÓN CENTRAL.....	101
EL CENTRAL-KURSAAL.....	107
EL FRONTÓN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA .....	113
EL FRONTÓN DE LA CIUDAD LINEAL.....	117
EL FIN DE LOS «TEATROS DE LA PELOTA» .....	121
EL CAMPEÓN OLÍMPICO Y LA RECUPERACIÓN DEL JUEGO AMATEUR.....	127
EL ATHLETIC CLUB DE MADRID Y EL FRONTÓN DEL RETIRO .....	133
LOS FRONTONES «PARA SEÑORITAS».....	137
EL NUEVO FRONTÓN JAI ALAI.....	147
PRIMEROS CAMPEONATOS REGIONALES Y NACIONALES.....	153
EL FRONTÓN DEL HOGAR VASCO .....	157
EL FRONTÓN MADRID.....	161
EL HOGAR DE LA PELOTA.....	171

EL FRONTÓN RECOLETOS.....	175
FRONTONES DE BARRIO .....	183
EPÍLOGO.....	189
REGLAMENTO PARA LOS FRONTONES DE MADRID .....	191
BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA.....	215

## INTRODUCCIÓN

Desde hace unos años, el nombre vasco «Beti Jai» resulta cada vez más familiar para los madrileños. Y no se trata del nuevo restaurante de alguno de los grandes chefs donostiarras, sino de un magnífico frontón del siglo XIX que subsiste a duras penas, en un estado de abandono lamentable, en la calle Marqués de Riscal. Esta obra singular de la arquitectura deportiva es el único recinto de los tiempos gloriosos del juego de pelota en Madrid que ha sobrevivido a la presión inmobiliaria, gracias al esfuerzo desinteresado de vecinos del barrio de Chamberí, de arquitectos, de historiadores y de aficionados que desde hace décadas se han preocupado por defender y promover su conservación.

Aunque resulte inimaginable en nuestros días, hubo un tiempo en que el juego de pelota era el deporte favorito de la sociedad madrileña y competía sin complejos, como entretenimiento popular, con las corridas de toros y el teatro. Esto ocurrió a finales del siglo XIX, cuando la pelota se puso de moda entre la aristocracia que veraneaba en San Sebastián y llegó de forma inmediata a la capital del reino. La enorme afición que este deporte despertó en Madrid, sobre todo en su especialidad de cesta-punta, propició la construcción de grandes frontones industriales, verdaderos «teatros de la pelota» con graderíos, palcos y servicio de restaurante. En estos recintos, los madrileños pudieron presenciar vibrantes duelos entre los pelotaris más reconocidos del momento, como Elícegui, Gamborena, Beloqui, Irún, Portal, Muchacho, Tandilero, Manco de Villabona o Chiquito de Abando, tan conocidos por entonces entre los aficionados como los toreros Frascuelo, Lagartijo, Mazzantini o Guerrita. Ilustrativas son las

palabras del crítico Antonio Peña y Goñi a su primo Javier en el prólogo del libro *La pelota y los pelotaris*: «No puedes tener idea del entusiasmo, del delirio que el pelotarismo moderno despierta en Madrid [...] No se habla de otra cosa en las casas de los grandes, en las moradas de los medianos y en las buhardillas de los chicos; es el asunto del día en el Congreso y en el Senado, en cafés, tabernas y oficinas, en los puestos del mercado y en los pescantes de los simones».

Aquellos frontones que se levantaron a finales del siglo XIX eran edificios de gran valor arquitectónico —por el uso pionero del hierro en su construcción y por sus singulares características, a medio camino entre los teatros y la plaza de toros—, pero también edificios con significación histórica, por ser los primeros recintos comerciales para espectáculos deportivos de nuestro país. Prueba de la importancia arquitectónica de estos frontones es que fueron diseñados por profesionales que participaban por entonces en la planificación y construcción de los grandes edificios y barrios del Madrid moderno. En el año 2010, se festejó con todos los honores el centenario del inicio de las obras de la Gran Vía madrileña. Uno de los autores de este ambicioso proyecto urbanístico que abrió una conexión entre el barrio de Argüelles y la calle Alcalá, descargando de tráfico a la Puerta del Sol, fue el arquitecto municipal Andrés Octavio Palacios. Sin embargo, muy poca gente conoce, pues ni siquiera aparece mencionado en las reseñas biográficas de su obra, que Palacios construyó en 1892 el mayor edificio para juego de pelota vasca que ha existido en Madrid: el Frontón Fiesta Alegre, que se encontraba en la calle Marqués de Urquijo y podía acoger hasta 5500 espectadores.

A pesar del extraordinario éxito del que disfrutó el juego de pelota en Madrid durante cuatro o cinco años, la afición se apagó de forma súbita en los últimos años del siglo XIX. A medida que los grandes frontones de esta primera época (Jai Alai, Fiesta Alegre, Euskal Jai, Beti Jai...) dejaron de ser rentables, fueron utilizados para otros fines y espectáculos, hasta que la mayoría de ellos cerraron sus puertas en las primeras décadas del siglo XX. La pasión por la pelota se recuperó en Madrid en los años veinte y treinta, época en la que se construyeron nuevos frontones cubiertos para jugadores profesionales, con una línea más moderna, además de otros más pequeños para la actividad de los clubes deportivos y la práctica de los aficionados.

Hace poco, hemos presenciado la transformación del monumental Palacio de Correos y Comunicaciones de Cibeles en sede del Ayuntamiento de Madrid. Los autores originales de este edificio fueron Antonio Palacios y Joaquín Otamendi, dos de los arquitectos más destacados de la ciudad. Pero tampoco se conoce que, justo detrás del edificio de Correos, Joaquín Otamendi levantó en 1923 otro histórico frontón: el nuevo Jai Alai de la calle Alfonso XI, local que recuerdan bien los aficionados de mayor edad, pues fue sede durante muchos años de los partidos de la sección de baloncesto del Real Madrid C. F. También pervive la memoria —al menos como modelo de construcción vanguardista— del desaparecido Frontón Recoletos, que estaba junto a la Biblioteca Nacional y fue diseñado por el prestigioso arquitecto Secundino Zuazo, responsable del proyecto de ensanche de la Castellana y de los Nuevos Ministerios.

Tras el parón obligado por el conflicto de la Guerra Civil, el deporte de la pelota fue perdiendo presencia entre la población ante la creciente popularidad del fútbol y, poco a poco, la presión inmobiliaria devoró los grandes frontones de otras épocas. De la decena de estos singulares edificios que se construyeron entre finales del siglo XIX y el año 1936, solo sobrevive hoy en día el antiguo Frontón Beti Jai, considerado «el Teatro Real de la pelota». En 2011, el edificio fue declarado Bien de Interés Cultural, lo que evita al menos su demolición. El 7 de marzo de 2012, el diario *La Gaceta* informaba de que el Ayuntamiento de Madrid había iniciado los trámites de expropiación del edificio ante la desidia y el incumplimiento de sus obligaciones por parte de la empresa propietaria, noticia que permite albergar esperanzas para una futura rehabilitación del histórico Beti Jai. La importancia de conservar este frontón no radica solo en su valor arquitectónico indudable, ejemplo único en el mundo, sino también en salvar del olvido el juego de la pelota vasca, que tanta pasión despertó entre los madrileños durante mucho tiempo y cuya práctica ha desaparecido casi por completo de la memoria y de la actividad deportiva de la ciudad. Salvo en el caso del Beti Jai, es muy poca la documentación y las fotografías que han llegado hasta nuestros días de los frontones históricos de Madrid; en algunos casos, no se conservan siquiera los planos originales de los edificios, que se depositaban en la administración municipal. Sin embargo, gracias en gran medida a las descripciones e información ofrecidas por la prensa de



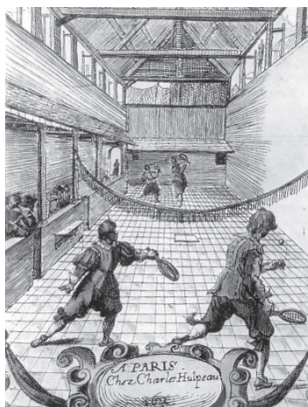
Estado actual del Frontón Beti Jai (Foto de Igor González Martín)

la época, podemos contar con una reconstrucción bastante cercana de sus características y con un valioso testimonio de su existencia y actividad, que forma parte del patrimonio perdido de Madrid.

En este sentido, desde que comencé a investigar sobre los frontones de pelota de Madrid hace un año, son muchas las personas que me han ayudado a completar la información disponible para dar forma a este libro. Desde los empleados de distintas bibliotecas y archivos madrileños y de la Federación Española de Pelota, que atendieron con toda amabilidad mis requerimientos, hasta amigos y vecinos de diferentes barrios de Madrid, que me echaron una mano en la búsqueda de información sobre la pelota vasca y los frontones de la ciudad. Debo agradecer especialmente su colaboración a José Javier Albisu, por sus valiosas indicaciones y referencias sobre la pelota vasca; a mi padre, que me ayudó a situar varios de los frontones madrileños desaparecidos; y a Luis de Azcárate, por brindarme un precioso artículo con sus recuerdos del frontón escolar de la Institución Libre de Enseñanza. También, por supuesto, mi gratitud a la labor desarrollada en estos últimos años por la Plataforma Salvemos el Beti Jai.

## LA PELOTA VASCA

El juego de pelota ha sido practicado, de una manera u otra, en casi todas las civilizaciones del mundo antiguo, desde las orientales hasta las indígenas de América, como es el conocido caso de los aztecas. En Europa, se practicaba en la Grecia clásica, aunque se desconoce con certeza las características de esta actividad deportiva por aquel entonces. Como tantas otras costumbres y tradiciones, la afición pasó de los griegos a los romanos, quienes la extendieron por todo el sur de Europa con la expansión de su imperio. Se conoce que en la Edad Media el juego de pelota era común en el Reino de Castilla, aunque donde verdaderamente se desarrolló fue en Francia, desde el siglo XIII, con la explosión del llamado *jeu de paume* (juego de palma), que enfrentaba en partidos individuales o por parejas a contendientes que golpeaban la pelota con la mano o con pequeñas palas, de un campo al otro, por encima de una cuerda. Al principio, la población jugaba a largo, en terrenos al aire libre, pero después los nobles y reyes, y también los religiosos, llevaron la práctica a sus castillos, palacios y monasterios, donde se jugó *a corto*, en recintos cerrados de menores dimensiones, con balcones o galerías para el público. Estas canchas, conocidas como «tripots», se extendieron por toda Francia y países aledaños (España, Italia, Inglaterra, Alemania, Países Bajos...) y son antecedentes del juego en trinquete, que se desarrolla en una cancha de entre 25 y 30 metros de largo por 7 de ancho y en el que las cuatro paredes, el tejadillo y la red de la galería para espectadores del nivel inferior y otros elementos son válidos para el juego. En el Reino de Valencia, el juego de pelota alcanzó un considerable auge en los siglos XIV y XV,



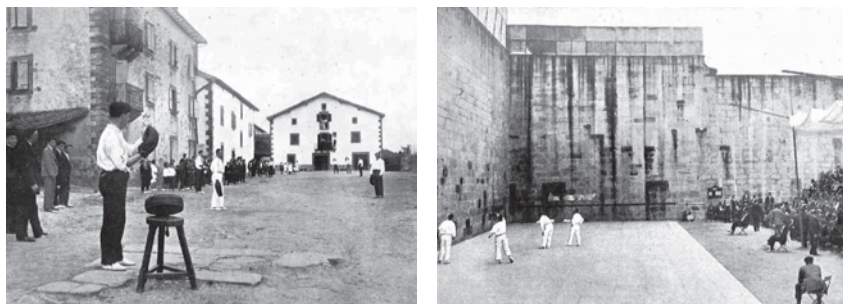
“Jeu de paume” con raqueta

tanto en calle como en trinquete.<sup>1</sup> Algún tiempo después, por influencia oriental, se introdujo en Italia y Francia la raqueta de cuerdas y se generalizó el uso de pelotas más ligeras y de redes para la separación del campo. De este modo, el antiguo *jeu de pomme* se acercó al tenis actual, pues incluso la puntuación era la misma (quince, treinta, cuarenta y juego), que también fue común en los inicios de la modalidad vasca de pelota.

En el siglo XVIII, sin embargo, comenzó la decadencia del juego de pelota en Francia, excepto en las provincias vascas (Labourd, Soule y Basse Navarre), donde se mantuvo el juego tradicional, que se desarrollaba en trinquetes o praderas y plazas abiertas. Desde entonces, los vascos de uno y otro lado de los Pirineos fueron creando su modo particular de juego, sobre todo cuando dejaron de utilizar las pelotas ligeras del *jeu de pomme*, fabricadas con trapos, hilo y tela gruesa, para recurrir a pelotas más vivas con núcleo de caucho recubierto de lana, hilo y badana de cuero. El peso y dureza de estas pelotas macizas motivó la aparición, en la primera mitad del siglo XIX, de los elementos protectores para el golpeo con la mano, conocidos como «herramientas»: primero el guante corto y cóncavo de cuero, al estilo de los guantes de béisbol, y después el guante largo o rígido, con el que se jugaba utilizando la técnica de *remonte*, es decir, dejando resbalar la pelota por el canal del guante para acelerar el lanzamiento. Además, los aficionados jugaban a menudo a mano en los pórticos de iglesias y ayuntamientos, a modo de trinquetes, y se creó el juego de *xare*, que se servía de modestas raquetas de junco

1 En Valencia, los trinquetes (*trinquets*), a diferencia de los vascos, presentan un graderío en escalera corrida a nivel de cancha, en vez de la galería cerrada. El juego de pelota que se practicaba en el Reino de Valencia ha mantenido sus características de antaño, lo que ha motivado que, por sus diferencias con la modalidad vasca que predomina en el resto del país, se creara la Federació de Pilota Valenciana.





A la izquierda, juego tradicional a largo, con guante.

A la derecha, juego en frontón de dos paredes.

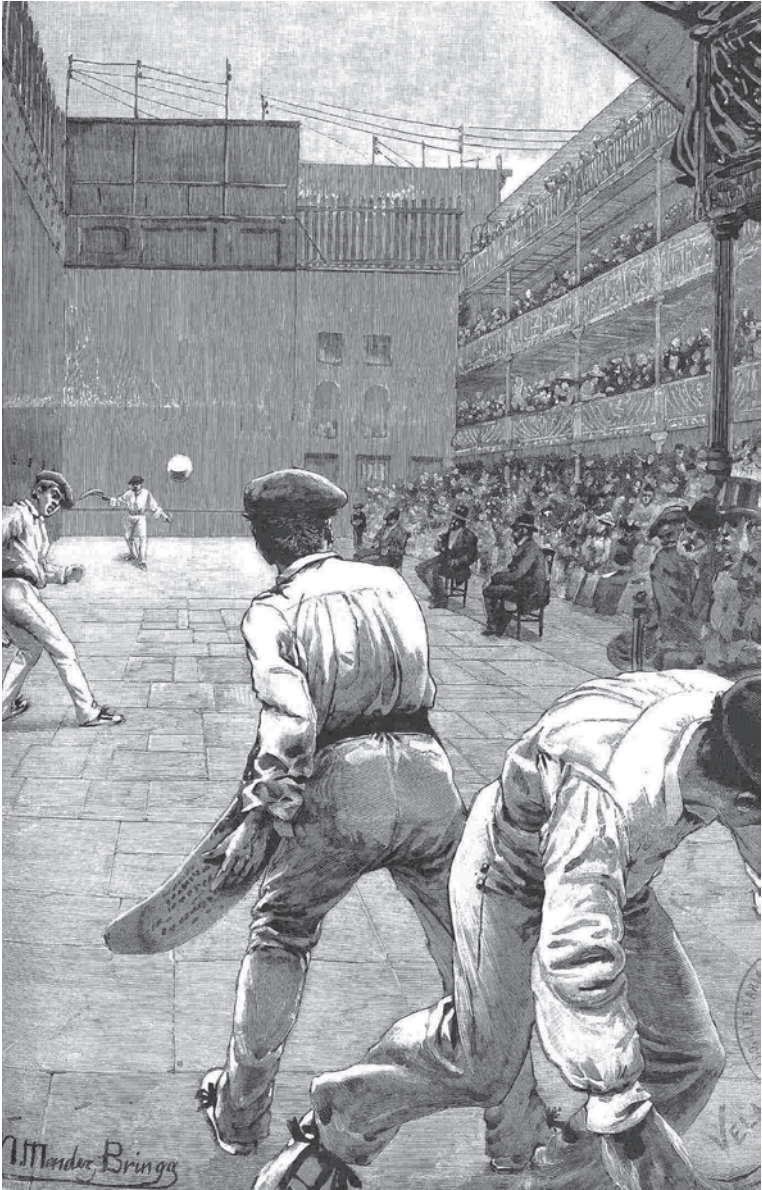
con cuerdas trenzadas de forma arbitraria y poca tensión. Los vascos utilizaron el guante en los juegos directos de plaza libre, como el *laxoa* (evolución del primitivo *bote luzea*) y el *rebote*, y en el juego en trinquete (*pasaka*). Con el tiempo, los vascos comenzaron a jugar a pelota de cara a la pared, aprovechando los muros de construcciones o edificios públicos, modalidad que, por influencia francesa, se llamó «juego a blé» (del francés *jeu de blaid*). En principio, tan solo se utilizaba un muro, el *frontis*, contra el que se lanzaban las pelotas, pero más tarde se añadió en los frontones del País Vasco español el uso de la pared lateral izquierda, que daba mayor variedad al juego. A partir de entonces, fue tomando forma y personalidad propia el juego moderno de pelota vasca, sobre todo en Gipuzkoa, Bizkaia y Navarra, desde donde se extendió a las regiones adyacentes, como Aragón, Cantabria, La Rioja y Castilla, y a numerosos países de Sudamérica.

Además del juego a mano, a guante o a pala, a mediados del siglo XIX apareció en la región vascofrancesa la cesta o *xistera* (nombre de una cesta alargada que se utilizaba para recoger los frutos del campo), evolución del guante largo, pero hecha de mimbre y con forma de hoz, que permitía retener mínimamente la pelota antes de volver a lanzarla (técnica del *joko garbi* o «juego limpio»). La cesta tuvo gran éxito en la modalidad de punta-volea y pronto fue adoptada también para el juego en frontón. De hecho, el juego con cesta fue el que predominó en los años de apogeo de la pelota vasca, en los años ochenta y noventa del siglo XIX, cuando

trionfó de manera rotunda en Sudamérica (sobre todo en Argentina) y en los frontones de las principales capitales españolas. Desde 1894, se difundió entre los pelotaris un nuevo modelo de cesta más larga, curvada y profunda —la *máuser* (nombre de un fusil de la época), creada por el pelotari Melchor Guruceaga—, que fue criticada por los puristas porque permitía retener la pelota en su *vientre* más tiempo del debido y lanzarla con mucha velocidad *de revés*. Este modelo fue el antecedente del juego de cesta-punta, conocida internacionalmente como «jai-alai».

El furor por la cesta-punta decayó en poco tiempo en España y en los inicios del siglo xx resurgieron en el País Vasco y Navarra las modalidades tradicionales, especialmente el juego a pala y a mano. A estas, se unió el nuevo juego de remonte, en el que se utilizaron las nuevas cestas ideadas por el pelotari navarro Juan Moya, que no presentaban la tripa de las *máuser* —lo que evitaba la retención de la pelota— y se fabricaban con junco, material más sólido y resistente que el mimbre de las herramientas anteriores. Una década después, se popularizó en España el juego con raqueta en frontón (*frontenis*), sobre todo entre mujeres, mientras en América, especialmente en Argentina y México, alcanzaban gran popularidad el xare, la pala corta y la paleta. En nuestros días, la reglamentación oficial de la Federación Internacional de Pelota Vasca establece competiciones en tres tipos de frontones (considerados *modalidades*), en los que se juegan diferentes *especialidades*: frontón de 30 metros (frontenis y paleta goma), frontón de 36 metros (mano, paleta cuero y pala corta), frontón de 54 metros (cesta-punta) y trinquete (mano, paleta cuero, paleta goma y xare). La Federación Vasca, además de las especialidades anteriores, reconoce los juegos tradicionales (pasaka, laxoa, rebote, joko garbi), mientras en Navarra se ha recuperado la vitalidad del juego a remonte.

Los grandes frontones industriales de pelota vasca de finales del siglo xix constaban generalmente de una cancha de losas de piedra o cemento delimitada por dos muros de sillería en ángulo recto, de entre 11 y 12 metros de altura: el *frontis* o frontón y el muro lateral o *pared*, que se colocaba a la izquierda del frontis pues la mayoría de los pelotaris golpeaban la pelota con la mano diestra. En el frontis, se marcaban los límites inferior, superior y derecho de la superficie de juego con rayas o



Grabado del Frontón Jai Alai de Madrid (La Ilustración Nacional)